

MATAR POR DESAMOR

Tuve que matarla. Tuve que hacerlo. Yo no quería eso. Yo juro señor Fiscal que no quería hacer eso. Pero no me quedó opción. No pude pensar en otra opción. No pude, lo juro, no pude. Yo estaba enamorado de Lucía. Pero Lucía no me miraba del mismo modo. Se me hacía insoportable la idea de perderla y de no tenerla nunca en mi vida. Que se alejara de mí.

¿Acaso usted señor Fiscal alguna vez estuvo enamorado? ¿Acaso usted alguna vez no sintió esa intensidad que a veces se siente en el cuerpo, en el alma, miles de imágenes que llegan para reafirmar ese amor por ella? ¿Acaso señor Fiscal nunca sintió que la vida se le escapa de las manos porque esa mujer que uno ama no es amor correspondido?

Así me pasó señor. No podía tolerar que se fuera de mi vida así como así. Que conociera a otra persona, que ella pueda amar a otra persona. Son imágenes que se me hacían muy difíciles de tolerar. Y por eso tuve que hacerlo. Si no lo hacía con ella, me iba a matar yo. Es tan grande el dolor, es tan insoportable que no pude resistir demasiado tiempo.

Yo sé que tengo que pagar el daño cometido con cárcel. Lo sé perfectamente. Y no me arrepiento de nada. La preferí muerta, aunque usted no lo crea, a que esté en brazos de otros. No podía soportar la idea de que fuera así.

Ese día, el viernes tres de junio, que era un día feriado, la llamé para invitarla a almorzar y me dijo que sí, que nos juntábamos y que después ella se iba porque tenía que seguir haciendo unos trámites en unas gestorías, y quería resolverlo todo antes del fin de semana. Lo cierto es que nunca vino a comer, yo preparé todo, la estaba esperando y ya eran las dos de la tarde cuando me manda un mensaje avisando que no podía venir, porque se le había complicado no sé con qué cosa. Yo ahí me empecé a sentir molesto de verdad. La llamé y le dije que me hubiera avisado a tiempo, así no parecía un pelotudo armando todo para que podamos almorzar juntos y disfrutar un buen momento.

A la tarde la vuelvo a llamar para invitarla a cenar y que veamos una película, cosa que siempre hacíamos en los días fríos. Ella me dice que no, que tenía un compromiso, que se juntaba con unos amigos a cenar y que después salían a bailar. Le juro señor Fiscal que eso me cayó como un balde de agua fría. Ahí yo no le dije nada, qué le podía decir. Además sentí miedo de todo lo que me ocurrió en el cuerpo en ese momento. Fue una puñalada certera en mi corazón. Una puñalada que entró en lo más profundo de mí. Esa noche prácticamente no dormí. Tanto fue esa sensación amarga que no cerré un ojo. Todo el tiempo se me venían imágenes que me inventaba de ella

con alguien bailando, coqueteando y después yéndose de la mano a su casa. Juro que era imposible detener esas imágenes. Sé perfectamente que podían ser mentira, pero por otro lado, las vivenciaba como si yo fuera testigo de todo eso. La peor de las imágenes fue la de ella haciendo el amor con algún hombre y disfrutando de ese momento plenamente.

Me levanté ese sábado a las siete de la mañana. Apenas había dormido una hora. Estaba asimismo muy enérgico pero con una punción tan brutal en el pecho que tenía que aprisionarlo a cada rato con mis manos como para dar oxígeno a mis pulmones. Sentía un dolor inaguantable. Comprenda señor Fiscal que nunca me había pasado algo así. Intenté sentarme a trabajar un rato en un plano de un edificio que tenía que entregar en esos días en la empresa en la que hace poco que trabajo, y no podía concentrarme. No podía.

Ninguna estrategia de distracción me sirvió en ese momento. Ninguna. Poner música hasta aturdirme siempre me funcionó pero esta vez no. Hacer bicicleta fija, menos. Sentarme a leer una novela policial que me gusta mucho leer y me dispersa, tampoco. Limpiar la casa menos que menos. Ya eran las nueve y media de la mañana y estaba como un loco deambulando en mi casa. En la calle un silencio abismal. Apenas se oían algunos pocos autos en la calle. Ni siquiera los del taller de motos de al lado habían abierto el negocio.

Así que agarré el auto y me fui hasta la casa de Lucía. Y no me animé a bajarme y tocarle timbre. Pero en la puerta de su casa vi una camioneta roja estacionada. Ella en alguna charla me había hablado de un conocido suyo con una camioneta de ese color. Me lo dijo de casualidad, ni siquiera queriendo comentarlo, se le escapó en una conversación. Dijo eso y en mí fue como un virus que infecta todo los pensamientos. Entre las nueve y media y las once de la mañana debí haber pasado unas diez veces por su casa en mi auto, siempre la camioneta estacionada en el mismo lugar. La última vez que pasé ya no la vi. Y ahí mismo la llamé. Por supuesto que no me atendió y después del segundo llamado, ya directamente atendió la contestadora. Supuse entonces que apagó el teléfono, como para que no la llamara o no interrumpiera el sueño porque si estuvo hasta esa hora con ese tipo, debía estar cansada y querer dormir un rato.

En ese momento sentí una bronca bestial. También un dolor indescriptible. Yo quizás confirmaba en ese acto todas mis teorías. La camioneta roja en la puerta, el teléfono apagado, el faltazo del día anterior y otras cuestiones que ya venían ocurriendo con ella y sus cambios de humor con respecto de mí. Y también la notaba cada vez más distante.

No sé cómo me las aguanté y frené el impulso de romperle la puerta a patadas. La volví a llamar a las cuatro y media de la tarde. Ahí me atendió el teléfono y me dijo que había visto mis llamadas perdidas y que me estaba por llamar. Cosa que no le creí. Además agregó que se había quedado sin batería. Cambié rápidamente de tema y le propuse que fuéramos al río porque estaba con el auto y el día era muy lindo, los anteriores habían sido días de mucho frío. Me dijo que no, que en un rato pasaban unos amigos a llevarle no sé qué cosa de una reunión o algo así que estaba organizando y qué sé yo. Me sonó todo a excusas. Estaba seguro que quien iba a pasar por su casa era el de la camioneta roja. Que a todo esto no tenía idea cómo se llamaba. Ahora que estoy declarando ante usted señor Fiscal si sé cómo se llama este tipo, se llama Osvaldo. Cuando vuelve a rechazar otra vez juntarse conmigo, me recalenté, aunque no le dije nada. Lucía mitigando esa sensación que a lo mejor le había transmitido, me respondió que en unas dos horas podía pasar un rato por mi casa para tomar un café.

La esperé esas dos horas en casa. Compré unas facturas, dejé todo ambientado, limpio y acomodado para que ella se sienta a gusto. Después de ese tiempo me llama y me dice que no podía venir, que había llegado a su casa una amiga suya y que tenía un problema y que no la podía dejar sola. Terminó de decir esa frase y le corté el teléfono. Al toqué me mandó un mensaje preguntándome si me había caído mal que al final no podía venir. Yo ya no le contesté. Preferí no contestarle. Pero no podía sacar la bronca. No podía.

Le cuento señor Fiscal, que algunos años atrás habíamos tenido una historia entre nosotros. Un par de besos y una linda noche, que yo nunca pude olvidar, nada importante para ella. Para mí, en el último tiempo ya se había convertido en una obsesión. Pero como estaba en esa línea media irrisoria de la amistad, la cosa se hacía muy difícil. Yo creo que siempre estuve enamorado de ella. Por algunos años no la vi porque yo viajé al extranjero por trabajo. Y casi que no venía a esta provincia, ni al país tampoco. Alguna vez vine y no me la crucé, y no supe nada de ella. No teníamos amigos en común. Así que no hubo manera de contactarla. Y en parte tampoco quise. Pero ya de nuevo viviendo en la provincia, un día me la crucé en el supermercado. Nos juntamos un par de veces y ya nos empezamos a frecuentar más. Ella estaba sola por alguna razón desde hacía un par de años, seguramente con historias de por medio. Era una mujer que siempre tenía propuestas. Era muy linda. Bella.

Después de llevar meses frecuentándonos, a veces todos los días, decidí volver a decirle que estaba enamorado y que quizás nunca se me había pasado eso tan fuerte que había sentido por ella desde tiempo atrás. Sólo me respondió que me quería como amigo, que no sentía nada por mí, y que lo que había sido en el pasado, quedaba allá. Pero que fuéramos viendo sobre la marcha, que en ese momento ella deseaba estar

sola. Me dijo que no sin decirme abiertamente que no. Pero a veces nos comportábamos como pareja, sin derecho a nada, obvio. Ni un beso. Ni una caricia. Ni mucho menos dormir. Pero estábamos juntos mucho tiempo.

Yo salía de la empresa y la pasaba a buscar, y si no era muy tarde, almorzábamos en algún lado. Ella en la noche, a veces venía a casa a trabajar en sus informes, era abogada, aludiendo que en su casa estaba aburrída. O simplemente nos juntábamos a conversar, a tomar un café, ver una película... qué sé yo. Algunas veces inclusive se quedaba en casa, yo tengo una habitación en la que estaban las cosas que iba dejando. Pero cada vez que le hablaba de amor o de lo que sentía por ella, se ponía muy incómoda. Incluso a veces agresiva conmigo. Y ahí desaparecía dos o tres días.

Pero juro señor Fiscal que esa tarde en que me dijo que no podía venir porque había llegado una amiga a su casa y que yo me recalenté, perdí la cabeza. No pensé más. Quedé ciego. No era tampoco por esa situación. Era porque tenía la seguridad de que el tipo éste iba a ir a su casa. Así, hice como que no había pasado nada. Traté de pensar en otra cosa. Imposible. Tipo once de la noche, me fui en el auto hasta su casa. Lo estacioné para poder mirar, y ver si entraba ese tipo a su casa. Cuando llegué la sorpresa es que había una camioneta roja en la puerta, la misma que había visto antes. Me quedé toda la noche ahí. Mirando. Vigilando para ver si salía. Pero no salió. En algún momento me quedé dormido, no sé... habrán sido siete de la mañana cuando me desperté y ya no vi la camioneta. Tampoco luces ni movimiento en casa de Lucia.

No sé bien... pero habré estado una media hora pensando qué hacía, el dolor que tenía en el pecho era insoportable. Me dieron tantas ganas de llorar y me dolía tanto saber que ella se estaba acostando con alguien más y que yo que estaba todo el día y casi todos los días con ella, no. Además de que ella no quería hacer nada conmigo. Recuerdo bien, que le pegué una fuerte piña al techo del auto de la bronca. Era una cosa en el pecho tan fuerte que no pensaba en nada. No me acuerdo mucho qué pasó después. Es como si me hubiera desmayado, y solo tengo pequeñas imágenes que me llegan como rayos metálicos que me dan un dolor demasiado grande en el corazón y la cabeza. Quisiera ya no tener estos pensamientos. Pero los tengo y los tendré por el resto de mi vida.

Recuerdo que no había mucho movimiento. El día ya estaba aclarando. Caminé hasta su casa, salté la reja. Busqué la maceta donde sabía que había una copia de la llave. Abrí la puerta despacio. Lo próximo que recuerdo es que estaba en la habitación, sentado a su lado. Ella completamente dormida. Le acaricé el pelo y ella se despertó. Se asustó mucho. De hecho se incorporó en la cama como para levantarse hasta que vio que era yo.

Ahí me di cuenta de que estaba con el torso desnudo. Sus pechos eran más bien pequeños, sutiles, perfectos. Rápidamente volvió a cubrirse. Y me quedó mirando como si no entendiera nada de lo que estaba ocurriendo. De algún modo, yo tampoco estaba entendiendo demasiado. Tenía demasiado dolor y enojo, me habían nublado la razón.

Me preguntó qué hacía dentro de su casa a esa hora, cómo había entrado y por qué lloraba. Yo solo la miré detenidamente a los ojos. En la ventana la claridad entraba de a poco, estaba ya la mañana presentándose con sus colores. No había bajado del todo la persiana. La luz de la habitación era suficiente como para observar y detenerme en sus ojos, en la mirada profunda y a su vez, temerosa de ese momento. Sus ojos eran bellos. Verdes. Cejas arqueadas. Pupilas anchas, cubriendo el iris. Y tomaban una forma de dialogar sin que emitiera palabras. Muchas veces sin hablar, con sus ojos y con su forma de mirar, lo decía todo. Yo a veces tuve la fantasía de que podía adivinar lo que ella pensaba con solo mirarle los ojos detenidamente dos o tres segundos. Más de una vez, me miró mirándola y me pidió que dejara de hacerlo porque la incomodaba. Yo siempre le contestaba que al ser una mujer linda, tenía que bancarse que la mire y que la miren. A veces sonreía. Y a veces me reputeaba. De acuerdo al humor que cargaba.

No sé señor Fiscal, lo que le puedo decir, aunque no sé si es importante, es que yo no había entrado nunca a su habitación. O sea que no tenía idea de lo que me iba a encontrar cuando tomé la decisión -si es que esa decisión la tomé- de entrar a su casa. Lo que recuerdo del lugar es que en una de las paredes, tenía unos sombreros colgados. Ella me había comentado que le encantaban los sombreros. Y en un perchero, tenía varias bufandas y pañuelos de colores. Cosa que siempre usaba ya sea en invierno y en días de verano cuando había viento, ya sea cubriendo su cabeza o en su cuello. A su vez tenía una cama de plaza y media. Cuando ingresé y la vi dormida en el medio. Pero la cama estaba totalmente desarreglada, por eso me volví a enfurecer. Estaba claro que había estado acostada con ese tipo, revolcándose. Había visto la camioneta roja en la puerta y después la cama tan desarreglada, no había dudas. No sentí olor a nada. Ni alcohol, ni a perfume. Bueno, mejor dicho, sentí el olor de su perfume cuando se incorporó del susto al verme adentro de su casa, ya que entre las sábanas y con el vapor del calor del cuerpo se dispersó rápidamente como una pequeña brisa. Sobre la mesita de luz, alcancé a ver un portarretrato, supongo que de sus padres.

Vuelvo a los detalles de lo que hablamos señor Fiscal... la verdad que es medio confuso, no lo recuerdo con exactitud. Quizás... tampoco hablamos mucho. Y quizás en ese estado de confusión, solo fue un invento mío. Pero no lo podría asegurar. Cuando me vio a su lado acariciándole el cabello y me hizo esas preguntas, solo atiné a decirle,

que pensé que le había pasado algo. Que había tenido un sueño muy horrible en el que ella estaba mal. Ella me miró ya sin entender demasiado del tema. Me pidió que me fuera. Que después hablaríamos. Que era un enfermo. Yo le pedí que no me insulte. Que no me trate mal, yo no le había hecho nada. Solo quería saber y verla y confirmar que no le había pasado nada.

Ahí miré detenidamente cómo ella, en el estado de confusión primero y de enojo después, se fue calmando. Me volvió a repetir que me fuera. Que no le gustaba nada que haya entrado a su casa de ese modo. Yo le volví a explicar la excusa que me había inventado de que había soñado que tenía problemas. Y ahí hubo un silencio muy grande entre ambos. Ella volvió a cubrirse bien el cuerpo con las sábanas. Y nos miramos detenidamente. Yo la miré a los ojos, de los míos seguían cayendo algunas lágrimas. Atinó a decir algo pero al final no dijo nada. Sacó mi mano de su cabeza. Ahí me volvió una furia incontrolable, vi sobre la mesa de luz una bolsita abierta con pastillas, supongo que debían ser anticonceptivas y una caja de preservativos. O al menos yo creí que los vi. Estoy seguro que sí. Entonces mis lágrimas se volvieron furia. Me volvió la imagen de ella haciendo el amor con este tipo y no lo pude soportar.

En ese momento, le puse la mano sobre el rostro agarrándola con fuerzas. Y le agarré el cuello con la otra. Ella se asustó mucho. Le juró señor Fiscal que no pensé nunca en matarla. Pero empezó a hacer fuerza para zafarse y empezó a gritar. Mi mano en el cuello fue apretando cada vez más. Ella dejó de gritar a los pocos segundos. Saqué mi mano de su boca, y me dijo que ella me quería mucho, pero que no entendía por qué hacía esto con ella. Yo le dije que también la quería mucho. Pero había una diferencia... yo la quería también a mi lado, que quería proyectar una vida con ella. Y que ella eso no lo quería. Pero que sí lo quería con otro. Y ya no la dejé hablar.

Empecé a apretar el cuello fuertemente. Ella se desmayó rápido. La destapé. Vi su pequeña bombacha rosada que cubría su intimidad. Le recorrí el cuerpo con la mirada. Le miré las piernas, su entrepierna, el pubis, los pechos y nuevamente fijé mi mirada en su bello rostro. Allí busqué la almohada que estaba en el piso y la puse sobre su cara y la apreté fuerte. Le agarré la mano hasta sentir que el pulso se le desvanecía. Cuando ya no sentí pulso, la abracé fuerte. Me tiré a su lado unos diez minutos. Cuando la sentí muerta me largué a llorar. Sentí una gran angustia y mucho dolor, pero también un alivio.

Se lo juro señor Fiscal que yo nunca me consideré un asesino, pero no lo pude hacer de otro modo. Ella me hacía doler tanto que era el único modo de salir de ese dolor tan agónico. Y yo a ella no la iba a tener nunca a mi lado. Espero que alguna vez yo mismo me pueda perdonar el daño que he ocasionado. Sobre todo por lo que me

dijo usted, que ella esa noche no había hecho el amor con nadie, ya que en la autopsia eso se hubiera reflejado.

Deberé pagar por toda la eternidad este daño cometido contra la persona que más amé en esta vida.